«*La soledad, contigo*», de Pilar Paz Pasamar

En un reciente volumen antológico he leído que el realismo característico de la poesía actual contrasta con otra dirección que intenta superarlo y que buena parte de ese intento corresponde a la poesía andaluza, inclinada por tradición al ensueño y al intimismo. Ocasión habrá de volver sobre estas frases de Jiménez Martos, también andaluz él. Pero me han venido a las mientes ante el libro[1] de esta joven poetisa gaditana, porque a un tiempo corrobora y niega la afirmación anterior. Esta poesía andaluza —que lo es, que se le nota— no abandona lo real, al contrario, es lo que la pone en marcha casi siempre. Pero sí que se repliega en lo íntimo, y quizá demasiado. La poesía lírica nace de una conmoción interior, cierto, pero de alguna manera ha de reelaborarse esa vivencia para que la anécdota particular importe a los otros. Y éste es el riesgo de algunos poemas de *La soledad, contigo,* que no trasciendan sino, a lo sumo, como nota de sociedad o como labor de adorno bellamente realizada, de exquisita delicadeza.

Echo de menos en este libro poemas de Pilar Paz del porte de aquel *Aldonza se casa,* y otros muchos que me la situaron tan destacadamente. Me apresuraré a decir que su amor por las cosas sencillas, la comunicación o, mejor, comunión de su poesía con lo real, nos proporciona en estas páginas algún poema excelente.

[1] Colección Alcaraván. Volumen 12. Arcos de la Frontera (Cádiz), 1961.

Así *La alacena*, rico de materia, de valores táctiles trascendidos a unción por los productos de la tierra que sí, como ella humildemente pide, perfuman la raíz de sus palabras, de sus exactos versos. El poema recuerda al titulado *La mañana*, de Valverde, sin llevar explícita la trascendencia religiosa que éste imprime al tema, pero, tácitamente, también pleno de fervor. Las imágenes cumplen aquí su papel justo, y su abundancia y originalidad nos reviven sensaciones y nos despiertan sabores y contactos. Son imágenes en función del poema, no al revés. Porque un juego feliz de imágenes, sin otro destino, sí que abunda en todo el volumen y no hay sino admirar la gracia con que Pilar Paz lo enhebra en un verso por lo demás sencillo, asonantando casi siempre las siete u ocho sílabas romanceadas, populares a veces, como en la *Coplilla de una decepción*, o en unas «nanas».

Otra de las virtudes del libro está, para mí, en lo que tiene de diálogo con la tierra, sintiéndose unida, identificada con «las cosas madres que tienen / un dulce vaho de sufridas».

Pilar Paz sabe bien que la poesía no puede quedarse en un simple juego gracioso de ángeles y estrellas, que no es sólo espuma, sino apretada substancia, y que la ternura y la emoción maternales son capaces de cuajar en buenos poemas: como esa *Oración para poder amamantar a mi hijo*, por ejemplo. Se hace innecesario que le digamos dónde aflora la ganga en este libro suyo ni por qué no puede ser el que más nos guste de ella.

L. de L.